

México y Estados Unidos

Inseguridad Nacional

POR LORENZO MEYER

ANTES de entrar en materia, deseo hacer una aclaración. El compañero Julio Hernández me hizo el honor de sacarme en la primera página de este diario la semana pasada. Pero la verdad es que en el documento que él cita —producto de una conferencia del año pasado— yo no dije lo que aparece en la cabeza de la nota: que la Ley Simpson-Rodino puede hacer perder la estabilidad a México; lo que dije es que el grupo gobernante mexicano veía a esta ley como parte de una cadena de presiones directas e indirectas, con las cuales el gobierno de Reagan pretendía obligarle a modificar tanto su política interna como externa. Es esta presión en su conjunto —y de la cual la Ley de Inmigración de Estados Unidos puede o no ser parte— la que puede llegar a producir justamente lo que a Estados Unidos no le conviene: la inestabilidad política de México. Si a alguien le interesa, el argumento completo se encuentra en Foro Internacional de enero-marzo de este año.

★

EL lunes nos desayunamos con la noticia del Miami Herald, según la cual funcionarios norteamericanos tuvieron contactos con representantes del PAN para establecer una alianza no santa en contra de la política mexicana en Centroamérica. Unos días atrás, la noticia fue que según el Presidente Ronald Reagan, los rusos podrían intentar entrar a Estados Unidos por México. El Presidente norteamericano aseguró a sus oyentes

en esa ocasión que él nunca permitiría tamaño desafío, y que justamente por ello había empeñado todos los recursos de su presidencia para lograr que los contras nicaragüenses —conocidos en la Casa Blanca como "luchadores de la libertad"— lleguen a establecerse permanentemente en Managua e impidan que los rusos se desplacen de ahí a México y luego a

Estados Unidos. No es esta la primera vez que al líder de una gran potencia le da por imaginar en México ejércitos extranjeros a la espera de llegar hasta Washington. A principios del siglo, según afirma Barbara Tucman en su libro sobre el Telegrama Zimmermann, al kaiser Guillermo le dio por imaginar la existencia de un ejército de miles de japoneses en las selvas mexicanas (entonces aún teníamos selvas) que pretendían iniciar un ataque contra el gran país del norte. Al emperador alemán le falló el cálculo por unos cuarenta años y, sobre todo, le falló la geografía: el ataque no fue por el río Bravo, sino por Pearl Harbor. Me sospecho que Reagan tiene algo de la imaginación del viejo kaiser.

★

FANTASIAS aparte, lo dicho y hecho por Reagan en relación a México demuestra el terreno ganado en Estados Unidos por quienes ven en México una amenaza a su seguridad nacional. Los menos fantasiosos de entre ellos no creen que el Ejército Rojo tenga entre sus planes llegar a Nicaragua y luego trasladarse a algún punto de los 3,000 kilómetros de frontera que Estados Unidos comparte con México. No, lo que les preocupa realmente es la insistencia mexicana en defender en Centroamérica el principio de la no intervención. Pero eso no es todo, también les preocupa el indudable desgaste del actual sistema político mexicano y que le ha hecho perder efectividad. Si la tradicional estabilidad política mexicana llegara a perderse, entonces el país del sur —un país pobre, de cultura y raza muy distintas a la norteamericana, y con más de ochenta millones de habitantes— se transformaría en una sociedad sin disciplina social, abierta a todo tipo de influencias externas (la soviética, entre ellas) y a merced de fuerzas políticas sobre las que quizá no se tuviera ningún control. Esa es la verdadera pesadilla mexicana en Washington y no la simpleza que le quiso vender Reagan a su público la semana pasada.

SIGUE EN LA PAGINA OCHO

México y Estados Unidos.-Inseguridad Nacional

Sigue de la página siete

En realidad, no es esta la primera vez que Estados Unidos nos hace el dudoso honor de considerarnos una amenaza a su seguridad. Esto tiene su historia. Algunos ejemplos de una larga lista son los siguientes: cuando México se negó a reconocer la independencia de Texas después de la derrota mexicana en San Jacinto en marzo de 1836; cuando existió la posibilidad de establecer una alianza estrecha y efectiva entre el imperio de Maximiliano y los rebeldes durante la guerra civil norteamericana; cuando los indios y los abigeos cruzaban la frontera para causar daños en Texas, allá a fines del siglo pasado; cuando la Revolución Mexicana produjo ataques como el de Francisco Villa a Columbus, Nuevo México; expropiaciones de empresas norteamericanas, como la petrolera de 1938, o la posibilidad de que Carranza se aliara a los alemanes durante la Primera Guerra Mundial o diera su apoyo a los mexicano-americanos que desea-

ban independizar a los estados norteamericanos que colindaban con México, según lo estipulado en el Plan de San Diego de enero de 1915. Y la lista se puede ampliar.

Ahora bien, como en nuestra relación con Estados Unidos todo es asimétrico, este asunto de la seguridad nacional también lo es. Para nosotros, Estados Unidos ha sido visto como una amenaza a la seguridad nacional —a nuestra capacidad de sobrevivir como sociedad independiente y soberana— prácticamente desde el principio de la vida independiente de México. El primer representante oficial de Estados Unidos en México, el ministro Joel R. Poinsett, llegó proponiendo la adquisición de Texas, luego vino la rebelión tejana, la guerra de 1846-1848, la venta forzada de La Mesilla, el intento por obtener el control del Istmo de Tehuantepec, los filibusteros, las incursiones de indios bravos, abigeos y soldados norteamericanos al sur del río Bravo, etcé-

tera. Cuando finalmente el apetito norteamericano por nuevos territorios mexicanos desapareció, entonces nuestro país entró en la era de la preocupación por la pérdida de independencia económica frente a la pujante expansión del capital norteamericano. Con la Revolución de 1910 vino el periodo de lo que Berta Ulloa ha llamado "la Revolución Intervenida". Cuando la Revolución finalmente quedó atrás, y México se convirtió —para sorpresa de muchos mexicanos— en aliado formal de Estados Unidos en la guerra contra las potencias del eje, regresó el temor a la dependencia económica y la consiguiente pérdida de soberanía.

Y así llegamos al momento del activismo internacional de México en los años setenta. La élite política del echeverrismo empezó a hablar fuerte en contra del imperialismo, de los términos desfavorables del intercambio económico entre el norte y el sur, etcétera. Todo este discurso fue un retrato hablado

de Estados Unidos como el enemigo. Finalmente entramos en el periodo marcado por la crisis centroamericana y por la decisión mexicana de oponerse a la intervención estadounidense en contra de un gobierno latinoamericano constituido —el de Nicaragua—. La oposición no fue tanto por simpatía con el sandinismo, sino para impedir el triunfo de una política que quizá más tarde pueda ser usada en contra del gobierno mexicano.

Para cerrar con broche de oro, ahora nos encontramos con lo que se apuntaba al principio de este artículo: en Estados Unidos se desconfía del gobierno mexicano no sólo por su posición en el conflicto centroamericano, sino también por su ineffectividad para mantener dentro de México un proceso político viable.

Por todo lo anterior, quienes hoy están al frente del gobierno mexicano sienten que una de las mayores amenazas al mantenimiento de su posición privilegiada, puede venir no de una insurrección popular y de izquierda, sino de una presión de la potencia dominante y conservadora de nuestra región, y no porque dicha potencia no considere a los líderes mexicanos unos conservadores, sino porque los considera poco capaces como políticos.

★

EN fin, y para concluir, si hoy en Estados Unidos se ve a México como un problema de seguridad, nosotros podemos decir, sin lugar a duda, que por razones que han variado con el tiempo, los dirigentes mexicanos nunca han dejado de ver en Estados Unidos una amenaza a su independencia. Ahora bien, no hay motivo para alegrarnos en el hecho de que Estados Unidos esté probando una sopa de su propio chocolate. No hay peor circunstancia para la preservación de nuestra autonomía que cuando Estados Unidos nos ve como un problema para su seguridad. Así pues, hay que tratar de lograr que México vuelva a ser un punto de tan poco interés para Estados Unidos, como lo era hace treinta años, pero creo que tal cosa no va a ser fácil, pues ello requiere, ni más ni menos, que nuestro sistema político sea sometido a una reforma que le dé otra vez legitimidad y viabilidad. La superación de la crisis económica es indispensable para recuperar la legitimidad, como también lo es la democratización.